Thimor

Manuel Astica Fuentes

"Me cansan las obras largas. En conclusión,
busco la esencia de una materia".
La Fontaine

PRÓLOGO

Un libro es una afirmación.

Y el primer libro escrito por un joven, es más que una afirmación; es la credencial que él entrega a la vida, algo íntimo, algo traspasado de ilusión, de una ilusión tan consistente que agiganta el éxito y consuela en el fracaso.

Astica Fuentes –aprendiz de revolucionario–, fuerte en alternativas crueles, entrega un libro que debe ser recio por haber sido escrito por él, que debe ser doloroso, porque él lo forjó. (Se recordará que Astica figuró con relieves en la Revolución de la Marinería).

Pues bien, a pesar de las aventuras del escritor, que sabe secreto del mar, de la tierra y del cielo, y a despacho del sitio en que fue escrito –la cárcel–, es un libro lírico y hasta algo místico. Una novela de amor y de redención… (Dicen que el amor es redención…).

¿Con qué ojos ha mirado Astica este factor de la vida? ¿Con qué corazón lo ha sentido? ¿Cómo pudo prevalecer en su alma un tema de la fantasía, mientras él esperaba la sentencia de un fiero tribunal? Esta obra tiene que ser –por fuerza–plena de ilusión.

Astica es cristiano; más que cristiano, místico; probablemente su fe lo salvó. Él pudo –escudado en ella– atravesar por entre las amenazas de un proceso que tenía contornos trágicos.

Es Astica escritor de libros de amor, un revolucionario de los que por tal se entienden. ¿Bastará para los descontentos de hoy, el lema de la Cruz y del Amor Humano? Para él es suficiente, es joven y sabe que la conquista más difícil es la del amor, y comprende que cuando lo conquiste totalmente, estará tan seguro de sí mismo, que tendrá sonrisas buenas hasta para la muerte.

Pero pese a su sentido cristiano, que recibió de sus ancestros y que sabrá conservar, Astica tiene una visión completa de la realidad y se orienta hacia la concepción marxista, en lo que ésta tiene de fundamental.

Astica tiene antecedentes de escritor, ha sido cronista, croniqueur, dicen otros, ha tratado de innovar dentro de su campo y algo ha realizado. Sus conceptos sobre la realidad de la naturaleza –para él algo irreal–, y sobre el sentido de la acción, son originales; y su seguridad artística sería enfermiza, si él no fuera un hombre joven, de vida multiforme, y un gran captador del sufrimiento. No tiene una norma literaria, no debe tenerla, tantea; pero sabe que solo entregándose enteramente a su labor –sin reservas de ninguna clase–, podrá realizar una obra verdadera, cualquiera que sea el juicio de los demás.

Tiene tanta fe en sí mismo, que nos imaginamos que no ha leído las obras maestras que se han escrito y que producen pavor en los que se quieren dedicar al arte, pues sugieren la terrible pregunta: "¿Produciré algo yo, que pueda sumarse al patrimonio artístico de los siglos?".

Astica sonríe del tiempo; nada lo sorprende; tiene la seguridad de que va más allá de la promesa, y orienta su cristianismo

en la dirección de aquel que dio mártires. No le importan los montes de las calaveras, ni las manifestaciones de las muchedumbres; es individual en una época que no permite serlo; pero lo defiende su arte.

THIMOR, su primera novela lo revelará; nosotros –como él– esperamos confiados.

A. Acevedo Hernández

I.- "Burlador"
Valparaíso

Grande fue la sorpresa experimentada por los habitantes de Valparaíso, al ver entrar al puerto esa tarde de septiembre el vapor japonés, "Banzay", remolcando a un desmantelado y antiquísimo velero, cuyo casco estaba carcomido por el tiempo y las aguas.

Los más ancianos vecinos del puerto creían recordar vagamente en las líneas del viejo cascarón, la elegante silueta del "Burlador", que cincuenta o sesenta años antes hacía la carrera entre Valparaíso y San Francisco de California, y que saliendo una noche del puerto con rumbo desconocido, no volvió jamás.

Pero mayor fue aún la sorpresa cuando se pudo comprobar la verdadera identidad del barco que no era otro que el supuesto "Burlador", y que, ahora, atravesando seis décadas, arribaba nuevamente a su puerto, envejecido y maltrecho.

La intensa curiosidad de todos los vecinos del puerto, hizo que al día siguiente se agotaran rápidamente las ediciones de la prensa, que daban cuenta con lujo de detalles del extraño acontecimiento.

De uno de los diarios de ese día, extractamos las siguientes informaciones que pondrán al tanto al lector de todo lo que entonces cupo averiguar:

EL "BURLADOR", PERDIDO HACE MÁS DE MEDIO SIGLO, ES ENCONTRADO EN EL PACÍFICO POR UN BARCO NIPÓN

El viejo velero, abandonado a la deriva, navegaba solitario como un barco fantasma.

UN EXTRAÑO DOCUMENTO PRESENTA LA SUGESTIVA INTERROGANTE DE LA EXISTENCIA DEL SUPUESTO CONTINENTE DE "LA LEMURIA".

En la tarde de ayer fondeó en nuestra bahía el vapor de carga japonés 'Banzay', trayendo a remolque un viejo barco velero que por lo desmantelado y destruido más bien parecía un ruinoso pontón.

Llenadas las formalidades que deben cumplir todos los barcos a su llegada a puerto, la Autoridad Marítima estaba en posesión de las siguientes, curiosas y sensacionales informaciones que nos fueron suministradas ampliamente:

En viaje a Valparaíso

El barco japonés de que informamos, al mando del Capitán Tadashi, navegaba procedente de Tokio, con rumbo a nuestro Puerto, sin tener durante los primeros diez días de navegación ninguna otra novedad que algunas recaladas a los puertos de las islas oceánicas.

Mas, al mediar el undécimo día de viaje, en los momentos que un oficial, ayudado de su sextante ubicaba la posición del barco, se empezó a distinguir en el horizonte, por el lado de babor, una embarcación.

Aplicados los gemelos, pudo apreciarse, con algo más de claridad, que se trataba de un barco cuyas características esenciales no respondían a la fisonomía de la actual arquitectura naval.

Poco a poco la distancia se fue acortando, y al cabo de algún tiempo el "Banzay" no estaba separado por más de dos millas del curioso navío.

Sin rumbo

A medida que el barco se acercaba, los espectadores, oficiales, tripulantes, cocineros que habían aflorado a la cubierta y los puentes del vapor, pudieron apreciar que la extraña nave estaba entregada a la deriva, sin que aparentemente nadie le fijara rumbo.

Estas sospechas se acentuaron cuando el barco, sin banderas de ninguna especie que señalaran ni su nacionalidad siquiera, no respondía a las señales de saludos, que conforme al Código Internacional se hacían desde el navío japonés.

Considerando el capitán bastante raro el encuentro, y en plena soledad del centro del Pacífico, quiso averiguar qué era en realidad ese barco que, como un fantasma del mar, mudo y misterioso, le salía al encuentro en tan peregrinas circunstancias.

Solitario

Se ordenaron algunas maniobras, y el "Banzay" se acercó más aún al Barco Fantasma hasta atracarse completamente.

Los ojos sorprendidos y curiosos vieron entonces de cerca el viejo casco de un navío que fue sólido y airoso, seguramente, en lejanos tiempos y que ahora solo mostraba la blasfemia atroz de su obra carcomida, la cubierta podrida, convertida en depósito de estiércol de las aves marinas y sus mástiles truncos y sus bordas maltrechas.

Abandono, muerte y hedor de humedad exhalaba el viejo barco. Alguien pudo descifrar a popa: "BURLADOR. Valparaíso".

El entrepuente

Deseoso de llevar más adelante las investigaciones y descifrar el misterio, el comandante ordenó una visita al ruinoso pontón.

Un oficial y cuatro de tripulación saltaron sobre la triste y solitaria cubierta del "Burlador", cuyas maderas crujieron doloridas y tétricas.

Con infinitas precauciones, pues el entablado parecía hundirse, el pequeño grupo expedicionario llegó hasta una escotilla y bajó al entrepuente, obscuro, húmedo, maloliente y silencioso.

Todo era soledad y tinieblas.

Parecía que el tiempo se había aposentado a dormir entre esos viejos y apolillados maderámenes.

Con linternas eléctricas de que iban premunidos los tripulantes del barco nipón, presos de intensa curiosidad y al mismo tiempo sintiendo un vago temblor de inquietud, recorrieron hasta las últimas sentinas, ya inundadas.

No quedaba un solo vestigio de vida relativamente reciente y restaba casi el esqueleto solo del enigmático barco.

Una cámara cerrada

Fue al oficial al que primero llamó la atención una puerta que pasaba desapercibida en el entrepuente, por el lado de estribor, cerca de popa.

Era una pequeña puerta cerrada que, después de cortos esfuerzos, logró ser corrida, dejando ver algo muy distinto de lo que se había visto en el resto del buque.

Ante los ojos asombrados de los marinos japoneses, se presentó una reducida cámara de rara elegancia, cuyos tapices, divanes y objetos de arte, a pesar de su aspecto antiquísimo, aún conservaban en su abandono el sello de un refinado gusto artístico.

Un mensaje

Cada vez más intrigados, los visitantes notaron, rodado sobre la alfombra del piso y en un lugar visible, un paquete forrado en amarillento pergamino, atado con desvaídos cordones de seda roja

y asegurado con sellos de lacre verde; y entre los cordones, un pergamino suelto escriturado en castellano, francés e inglés, que decía:

"Yo, Luis Enrique Barrera Montano, capitán y propietario del velero de tres palos, 'Burlador', del Registro de Valparaíso, a quien encuentre este paquete, le pido que comunique a las autoridades marítimas de mi patria que he abandonado mi barco.

Quienes se extrañen, o tachen de locura esta actitud mía, tal vez no lo pensarán así si se impusieran el contenido de mi historia que va en este paquete de dos copias: una para las Autoridades Portuarias de Valparaíso, representadas por el Capitán de Puerto[1], y otra para la señora Adelina Patrick, de La Serena, con quien no podré casarme, a pesar de su espléndida belleza y lo amorosa y buena que siempre fue para conmigo.

A ambos destinatarios autorizo para dar a luz los documentos que encierra el paquete adjunto, pero nadie más tendrá antes derecho a conocerlos.

Fecho estas instrucciones en la Gran Ínsula Thimor, desconocida de vuestro mundo, último vestigio del perdido continente de Lemuria, a 23 días de la cuarta Luna, del año 5342 de la civilización Lemuriana".

1 Tal era el nombre que a mediados del siglo XIX tenía la autoridad que hoy se llama Gobernador Marítimo.

Al terminar de leer tan desconcertante documento y en tan original escenario, no pudieron los tripulantes del "Banzay" menos que hacer los más variados y sorprendidos comentarios, volviendo apresurados a dar cuenta al Comandante de los extraordinarios acontecimientos.

A nuestro puerto

Vistos estos antecedentes el Capitán Tadashi estimó conveniente remolcar el ruinoso velero a nuestro puerto y ponerlo, junto con la documentación, a disposición de nuestra gobernación marítima.

Y así fue como el "Burlador", que hace más de medio siglo zarpó para no volver, llegaba, abandonado y destruido, con un enorme interrogante pendiente sobre su desolada cubierta.

¿Lemuria?

Como se desprende de la lectura del mensaje de Barrera Montano, este lo fecha en un vestigio último del perdido continente de Lemuria. ¿Existió o existe en realidad esa tierra supuesta por sabios e investigadores?

Nada se sabe. Tal vez en el paquete con las historias estará la respuesta. Mantendremos a nuestros lectores al tanto de lo que se actúe alrededor de los documentos encontrados.

* * *

Hasta aquí informaba uno de los diarios porteños sobre los acontecimientos, y otros rotativos habían empezado a hurgar entre papeles y archivos, y adelantaban algunos otros detalles verídicos o fantásticos sobre el viejo barco y su capitán, el olvidado navegante de los mediados del siglo pasado, que se llamó Luis Enrique Barrera Montano.

II.- Expectación

La sensación que causó el documento publicado por la prensa, superó a la que originó el hallazgo mismo del "Burlador".

Desde luego, todos los comentarios giraban alrededor del escrito. En las tabernas, en las peluquerías, como en los clubes y en los hogares; en la calle como en los tranvías, el documento apasionaba y originaba discusiones violentas.

Se trataba, eso ya estaba descartado, de un hombre que abandonó su barco. Pero los comentarios, más que recordar la tripulación y vidas que se podían haber perdido, eran atraídos a discutir la cordura o locura del hombre que no trepidó en abandonar su nave.

¿El capitán Barrera Montano estaba cuerdo o estaba loco? Eso era lo importante. Si se lograba probar fehacientemente que todos esos acontecimientos escritos eran ficción de un desequilibrado, todo no pasaba de ser un hecho extraño que había convulsionado por unos cuantos días la curiosidad del puerto, y nada más.

Pero si, por el contrario, se trataba de un hombre cuerdo, todo eso significaba una verdadera revolución en la ciencia geográfica, en la geología, y aun en la historia, porque, si bien es cierto que había sido constantemente enunciada la hipótesis de la existencia, en épocas antiquísimas, de un continente

enorme, ubicado en el lugar que hoy ocupa el Pacífico Sur, no podía, sin embargo, afirmarse que en ese supuesto continente hubieran habitado hombres civilizados.

La comprobación de que aún quedaba un resto de ese continente, y con una avanzada civilización de más de cinco milenios, como sugiere Barrera Montano al fechar su pergamino, significaría, como queda dicho más arriba, un verdadero revuelo científico de insospechadas proyecciones.

No es de extrañar entonces, que no sólo el puerto de Valparaíso, sino todo el país, la América entera y aún la expectación del mundo, pusieran sus ojos en el decrépito hacinamiento de maderas podridas que un tiempo fue el gallardo "Burlador", y que significaba ahora, tal vez, la clave de grandes descubrimientos que harían época en los anales de la humanidad.

Y por eso la impaciencia del público era inmensa e incontenida, deseoso de saber pronto la resolución de las autoridades, respecto a la documentación entregada a su custodia, y tras la cual quizás cuántas inverosímiles aventuras y misterios se esconderían.

Entretanto, el señor Gobernador Marítimo se posesionaba de todos los antecedentes; agradecía en la mejor forma posible al Comandante del barco japonés su desinteresado y bello gesto, e iniciaba gestiones para que se procediera a la búsqueda de la señorita Adelina Patrick de La Serena.

Al mismo tiempo, trataba de coordinar datos con respecto al excéntrico navegante del siglo pasado, objeto de toda la intriga que absorbía al funcionario y al público.

Con respecto a la señorita Patrick, nada pudo obtenerse, y en lo que a Barrera Montano se refiere, pudo sólo saberse, compulsando los archivos del Puerto, que se trataba de un joven marino, dueño de un barco "Burlador", que se dedicó, durante

la fiebre del oro en California, a verificar con regularidad la carrera entre Valparaíso y San Francisco.

Asimismo pudo obtenerse la fecha precisa en que el "Burlador" desapareció, y los datos respecto a las infructuosas investigaciones y búsquedas que se hicieron para encontrarlo, hasta que, admitiéndose la posibilidad de un naufragio, no se habló más del asunto.

Intrigado más que nadie el Gobernador Marítimo por conocer el contenido del enigma encerrado en el paquete, dio los pasos necesarios para romper los sellos ante el más antiguo Notario de Valparaíso, entre la emocionada curiosidad, y a cada momento aumentada sorpresa de los escribientes que trasladaron a los infolios notariales los escritos, para que así quedara legalizado y solemnizado un acto que bien podía tener enorme trascendencia para el país y para el mundo.

Terminados los engorrosos trámites de la Notaría, el señor Gobernador Marítimo se apresuró a imponerse en su despacho, detenidamente, del contenido sensacional de los documentos.

Sugestionado profundamente, intrigado en grado superlativo, pero declarándose incompetente para dictaminar sobre la efectividad de la obra en sí misma y sus afirmaciones científicas, como también sobre las enunciaciones económicas, sociales y aun políticas que en ella se consignaban, solicitó por conductos regulares la formación de un Comité de Hombres de Ciencia y Letras de las tres universidades del país, para que este se pronunciara sobre los papeles que tanta sensación habían causado y dictaminar a la vez la conveniencia o no de hacerlos públicos.

Con entusiasmo se procedió a formar el Consejo de Sabios y Eruditos, y éstos, al conocer en principio los aspectos generales de la historia, que junto con extraordinarias aventuras de amor, sentaban la existencia y comprobación de una hipótesis